

## LA FIGURA NÚMERO 12



ALEJANDRO GAVIRIA

EN 1881, EN LOS AÑOS de la Constitución de Rionegro, el gobierno de Colombia, “that people from Bogotá”, como decía Theodore Roosevelt, organizó una comisión científica para continuar el trabajo que había emprendido la Comisión Corográfica tres décadas atrás. Rafael Núñez, entonces presidente de Colombia por primera vez, nombró como jefe de la comisión al explorador argelino José Carlos Manó y como secretario a Jorge Isaacs. La nueva comisión se desbarató antes de tiempo, cuando apenas había iniciado sus labores, por cuenta de pugnas internas, de rencillas personales (tan comunes en los encargos burocráticos). Isaacs decidió entonces emprender el trabajo de manera independiente en el norte de Colombia, en la Sierra Nevada y la península de La Guajira.

El comentario de Isaacs es una de las primeras menciones a la obra de Charles Darwin en la historia intelectual de Colombia.

En 1884, durante la segunda presidencia de Rafael Núñez, el gobierno nacional publicó, en los *Anales de instrucción pública*, el resultado del trabajo de campo y las pesquisas librescas del autor de *María*, devenido ahora en etnógrafo aficionado y crítico social.

El *Estudio sobre las tribus indígenas del Magdalena* fue reimpresso en 1951 por la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, acompañado esta vez de un comentario crítico escrito por Miguel Antonio Caro.

“Los viajes que hice por las costas e interior del Estado del Magdalena, los apuntamientos que en tales excursiones tomé, tenían por objeto escribir un libro en la forma que nos dejó enseñada el señor doctor Manuel Ancizar en la *Peregrinación de Alpha*”, escribió Isaacs en la introducción. El libro tenía, en sus palabras, “la humanitaria intención de hacer lo posible en beneficio de las tribus salvajes de este país, desamparadas sin piedad o víctimas de inicuos explotadores”.

En su excursión por la Sierra Nevada, en sus aventuras etnográficas, Isaacs se topó con una serie de pictografías indígenas que habían sido inscritas sobre piedra en tiempos inmemoriales. Procedió luego a copiarlas y describirlas con la curiosidad indisciplinada de un aficionado que no le teme a las opiniones (y gruñidos) de los especialistas. Los poetas, ya lo sabemos, tienden a las expansiones líricas y a las interpretaciones fantasiosas. “Tolerándolo mis lectores muy susceptibles, los partidarios de la teoría darwiniana podemos suponer que la figura número 12, mitad simia y de rostro muy raro, es representación de la forma que tuvo el animal, temible como se ve, que precedió al hombre en la escala de perfeccionamiento”, escribió Isaacs sin muchos reatos. El poeta creyó encontrar el eslabón perdido, un homínido, un

ancestro del hombre actual, no en una excavación antropológica sino en una pintura rupestre en el norte de Colombia.

El comentario de Isaacs es una de las primeras menciones a la obra de Charles Darwin en la historia intelectual de Colombia. En 1863, dos décadas antes de la excursión etnográfica de Isaacs, Thomas Huxley, el primer y principal divulgador de las ideas de Darwin, había ya descrito con lujo de detalles los orígenes simiescos de la humanidad, nuestro parentesco (innegable) con los primates. Huxley resumió su argumento en una figura que lo dice casi todo. El contraste con la figura número 12 es evidente. Las ideas científicas, sobra decirlo, llegaban tarde a los Andes colombianos y no siempre eran recibidas con agrado.

La referencia darwiniana de Isaacs, a pesar de lo ingenua, fantasiosa o deliberadamente provocadora, desató la furia de Miguel Antonio Caro. “Vamos a ver la figura número 12... El dibujante era tan imperito que no imprimió a sus líneas el arte de lo temible ni de lo risible siquiera”, escribe. “La teoría darwiniana es una de aquellas aberraciones propias de un especialista maniático”, continúa. “¡Y qué! ¿Es exceso de susceptibilidad rechazar una hipótesis que nos niega nuestro excelso origen y destinos

inmortales y nos reduce a la triste condición de descendientes de los brutos más repugnantes?”, pregunta retóricamente. Va incluso más allá: “No se puede negar que los remedadores de Darwin tienen ciertas afinidades con su presunto abolengo”, afirma con humor rabioso. Solo le faltó decir que la figura número 12 era un autorretrato de Jorge Isaacs, el más célebre de nuestros escritores decimonónicos.

En Colombia, las ideas de Darwin tardaron más tiempo en ser toleradas y debatidas científicamente que en otros países de la región. El primer debate sobre el darwinismo, ya lo vimos, fue protagonizado por un escritor romántico y un político conservador que se ufanaba de nunca haber salido de la sabana de Bogotá. El catolicismo rabioso, la descalificación dogmática y el ánimo inquisidor dicen mucho de la Colombia de entonces. Pero este incidente no es solo una curiosidad histórica. El estilo intolerante de Caro ha sobrevivido el paso del tiempo. Hace parte de nuestra cultura política. En épocas recientes, algunos dignatarios estatales han usado su poder para castigar a los infieles (por ingenuos que sean). Muchos años después, la figura número 12 es casi un símbolo de la resistencia. Y quizá también de nuestro atraso intelectual. ■

